

—“Extiende tu mano,” dijo al enfermo. El la extendió, é incontinentemente su mano seca quedó sana.

El milagro no iluminó á esos obstinados, él no hizo más que confundirles, y su confusión se trocó en despecho, nada puede dominar la voluntad que se aparta de la luz. El fanatismo es ciego. Esas aberraciones religiosas de los Judíos del tiempo de Jesús nos hacen reír, y sin embargo ellas fueron para ellos el código de la mas perfecta piedad; tocarlas, era un sacrilegio. La sabiduría tan humana de Jesús, sus milagros prodigiosos, lejos de disipar esas preocupaciones las exasperaban.

A consecuencia de esta escena que les llegó á lo vivo, los Fariseos más irritados que nunca, se asociaron en consejo é idearon un medio de perder á Jesús.



#### CAPITULO IV.

##### EL SERMON DE LA MONTAÑA.

Al mismo tiempo que la oposición se dibuja y se levanta en derredor de Jesús, en la clase de los letrados y de los maestros, los discípulos aumentan, la multitud engruesa, llega á Capharnaum, de la Galilea y de la Perea, de las ciudades de la Decápolis y de Jerusalem, de la Judea y de la Idumea, de Tyro y de Sidón, de la Fenicia y de la Syria. Esta es una conmoción general. No solamente se quiere verle y escucharle, los enfermos se precipitan sobre él para tocarle. El los curaba por el solo contacto, su potestad radiaba en bondad. El estaba obligado á libertarse, tanto le oprimía la multitud. A fin de escapársele, dijo á sus discípulos tuviesen siempre dispuesta una barca, cuando él caminaba á lo largo del lago.<sup>1</sup>

A la vista de ese pueblo, cansado, errante, abandonado como un rebaño sin pastor, su alma estuvo emocionada de piedad. El le comparaba á un campo lleno de espigas.

—“La cosecha es grande,” dijo á sus discípulos, “pero pocos

<sup>1</sup> Marc. III, 9.

los obreros." Suplicad, pues, al señor de la cosecha, á fin de que él envíe obreros á su cosecha.<sup>1</sup>

Para hallar mayor calma, él se iba a las montañas; se retiró á una de ellas, en esos días, una noche, en secreto.<sup>2</sup> Los Evangelios no la nonbran; pero una tradición muy antigua designa al Djebel Koroum-Hattin.<sup>3</sup> Esta es una colina solitaria, situada al occidente y á tres horas de camino de Capharnaum. Ella domina la ancha llanura que atraviesa la ruta de Akra al lago de Tiberiades, y ella domina la entrada de las gargantas del ouady El-Hamman. Los dos picos que la coronan y le han dado su nombre,<sup>4</sup> están separados por un cuello estrecho. Entre sus pendientes escarpadas, cubiertas de guijarros rotos, se extiende una pequeña pradera cubierta de césped que parece dispuesta de intento para una muchedumbre que deseara aislarse y asociarse. Ellas cierran el horizonte al norte y al sur, no dejando ver mas que el cielo. Sobre la cúspide, se está inundado de luz. En derredor, el llano verdoso, sembrado, que se convierte en la época de la cosecha, en un oceano de espigas enmedio del cual Koroum-Hattin se levanta como un islote.

Al Norte, el Hermón nevado reina en lo infinito del cielo; al oriente, en lontananza, las elevadas mesetas del Djaulan, el antiguo país de Galaad, y la hermosa cordillera del Hauran, cuya cresta blanca parece una fina nube flotante. En el primer plan, el lago de Genezareth, ondulado como un metal pulido y coloreado con todos los tintes, siguiendo los caprichos de la luz. La colina se cubre en la primavera de las mismas anémonas, de los mismos asfodelos, de esos lirios cuya blanca vestidura admiraba Jesús; y se ven cruzar todavía en el cielo los

<sup>1</sup> Mat., IX, 36-38.

<sup>2</sup> Mat., V, 1; Luc., VI, 12.

<sup>3</sup> Robinson, que parece haber tomado por tarea trasonar todas las tradiciones locales, coloca el monte de las Bienaventuranzas en las alturas que dominan el llano de Genaccar. El ha sido seguido por Toluck (Aulegung der Bergpred nach Matth).

<sup>4</sup> Cuernos de Hattin.

mismos pájaros descuidados y alegres á quienes alimenta el Padre celestial, sin que ellos siembren, trabajen y cosechen.

Jesús pasó la noche sobre la montaña, en oración, meditando para el día siguiente uno de los actos más necesarios al desarrollo de su obra.

Los discípulos y la multitud se habían dirigido en pos de las huellas del Maestro. Desde el principio del día, él convocó á cierto número de sus discípulos: ellos se llegaron á él y escogió los que quizo.

Ellos son doce, agrupados de dos en dos: he aquí sus nombres cuidadosamente conservados por los tres primeros Evangelios.<sup>1</sup> A la cabeza Simón, á quien Jesús llamó Pedro, y con él su hermano Andrés; Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, que él llamó "Boanerges," los hijos del trueno; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el Cananeo, y Judas Iscariote que le hizo traición.

Ni un rico, ni un escriba ó un doctor, ni un anciano, ni un jefe de sinagoga. Aquellos son gentes oscuras, desconocidas, hasta en su pequeña provincia. Ninguno de ellos han estudiado; el más letrado es el publicano Levi, quizá el único que sabe escribir; los otros son barqueros ó artesanos como su Maestro. Ni fortuna, ni ciencia, ni poder, ellos no tienen nada, esos hijos del pueblo; y Jesús, les constituyó sus apóstoles.

—"Yo haré de vosotros pescadores de hombres," dijo á Simón; él cumple su promesa. El había pedido á sus discípulos suplicar al Padre celestial para que enviase obreros á su cosecha; él mismo había orado toda la noche; el Padre celestial escuchó á su Hijo: he aquí á los cosecheros de la primera hora.

Los doce, por lo demas, ya no abandonaron á Jesús. Su espíritu estará en ellos y sobre ellos, él será su fuerza, su

<sup>1</sup> Mat., X, 2-4; Marc., III, 16-19; Luc., VI, 14-16. Cf. Act. I, 13.

ciencia, su poder; ellos anunciarán la palabra del Reinado, y para dar crédito á su apostolado, ellos tendrán el dón de curar las dolencias y las enfermedades, y de lanzar á los demonios en el nombre de su Maestro.

Los medios humanos, sabiduría y fuerza brutal, elocuencia y riqueza, todo es desdeñado. La historia no conoce nada de más audaz; para salvar al mundo, Jesús no tiene más que su Espíritu; y para crear á los Apóstoles, él no tiene más que dárselo. Desde que la elección fué hecha, él bajó de la cima de la montaña con los doce y se detuvo en el llano situado un poco abajo; la compañía de sus discípulos y una gran turba le esperaban; se le rodeó. Su alma irradiaba; la obra del Reinado había entrado en una faz más elevada. Los nuevos electos se estremecían con las alegrías del Espíritu; los dones de Dios conmueven y enagenan.

Jesús se sentó, su corazón y su boca se abrieron, él se puso á enseñar; y levantando sus ojos sobre sus discípulos:

—“Bienaventurados,” exclamó, “los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.”

—“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.”

—“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.”

—“Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.”

1 La contradicción aparente en la narración de San Mateo y de San Lucas, se desvanece por sí misma. El sermón de Jesús ha tenido lugar, en efecto, sobre la montaña, como lo dice San Mateo, pero abajo de las cimas de Korozim-Hattin cuya meseta ἐπὶ τοῦ ὄρους τῶν δώδεκα, en un llano que las separa, como lo dice San Lucas, y que forma parte de la colina.

2 La mayor parte de los críticos han considerado el sermón de la montaña como una composición artificial en la cual San Mateo había reunido las enseñanzas diseminadas del Maestro.

La idea puede ser exacta y no toca para nada á la verdad doctrinal. Sin embargo, la hipótesis de una escena solemne entre todos, tal como el primer Evangelista combinado con el tercero la pintan, escena en la que Jesús hubiera, durante un día, promulgado en la montaña á sus discípulos, convertidos en Apóstoles, el conjunto de su doctrina, me parece absolutamente verosímil.

—“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.”

—“Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios.”

—“Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”

—“Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.”

Jamás el ideal y la ciencia de la felicidad de las que el corazón del hombre está excitado se habían traducido bajo esta forma, con acento más penetrante.

La felicidad no existe sino en la participación del Reino de Dios.—El que la busque en otra parte,—en la riqueza, la alegría y la saciedad terrestres, en la aprobación y la gloria humanas,—se excede: él se prepara amargas desilusiones, el hambre del alma, los llantos y sollozos. Dios, el Padre celestial; he aquí la tierra á poseer; estar consolado por él, saciado de él, perdonado por él, verle, llegar á ser su hijo, sentirle reinar en sí: he aquí la eterna, la infinita bienaventuranza.

Pero para entrar en el Reino ¡qué camino! Renunciar á todo lo creado, ser pobre, y pobre de espíritu, no tenerse en nada. Nadie poseerá la tierra del cielo, á menos de ser humilde y dulce, de no tener otra voluntad que la voluntad del Padre.

Los consuelos divinos están reservados á aquellos que han llorado, y la saciedad del alma á los que hayan sentido el hambre y la sed de justicia. No se merecerá el perdón de Dios sino prodigando uno mismo la misericordia; no se verá á Dios sino con la condición de tener puro el corazón; y para oírse llamar por Dios mismo el hijo del Padre celestial, es preciso ser pacífico, repudiar la violencia, apagar los odios, calmar los conflictos, hacer reinar la fraternidad entre los hombres como entre los hijos del mismo Padre celestial.

1 Mat. IV, 2 y sig.; Luc. VI, 20 y sig.

Lo que parecía la negación de la vida se convierte en la misma condición y la prenda. La pobreza, la humildad, las lágrimas, el tormento de la justicia, el abandono general de sus derechos, el renunciamiento á todo aquello que turba la pureza del corazón, el amor de la paz, la dulzura que se prohíbe toda resistencia violenta, la persecución en este mundo en el que los poderosos están siempre prestos á aplastar á los débiles y á ultrajar á la justicia: he aquí el camino que conduce al Reino.

Los discípulos ya han dado los primeros pasos; por seguir al Maestro, ellos todo lo han dejado, ellos aprenden de él la dulzura y la bondad; su corazón se purifica, ellos sienten con su contacto, el hambre y la sed de la verdadera justicia, y ellos olvidan la violencia, al ver á aquel á quien los profetas han llamado el Príncipe de la paz; la persecución ya les ha alcanzado, y el partido fariseo, por causa de él, les persigue con su odio.

También Jesús insiste sobre la felicidad de los perseguidos por la justicia.

—“Sí, vosotros sereis dichosos,” les dijo, “cuando los hombres os maldigan, os persigan y dijeren todo género de mal contra vosotros por causa mía.”

“Regocijáos, estremeceós de alegría, porque en los cielos será grande vuestra recompensa.”

Ya no es el hombre quien habla, es el Hijo de Dios. Su persona es idéntica con la justicia: sufrir por su causa, es sufrir por causa de ella, es conquistar á Dios.

—“Además,” agregó, “la persecución es el lote de los profetas. Vosotros sereis tratados como ellos.”

El les habló de su gran misión de apóstol y de sus deberes.

—“Vosotros soís la sal de la tierra,” dijo, “pero tened cuidado de no empalagaros. La sal empalagosa no es buena sino para ser arrojada en el camino, para ser pisoteada por los transeuntes. Vosotros soís la luz del mundo. No se enciende

una lámpara para ponerla bajo el celemin, sino sobre un candilabro, á fin de que ella ilumine á todos los que están en la casa.”

Al pensar en el porvenir de su obra, en sus discípulos ya innumerables, él los comparaba á una ciudad edificada sobre una montaña, semejante á la que se percibe de Koroum-Hattin, en la cima de los montes de Safed. La montaña, es él. Una ciudad así edificada, ¿puede estar oculta?

—“Que vuestra luz brille ante los hombres, como la bujía en la casa; y que al ver nuestras buenas obras, ellos glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.”

Jesús, en su enseñanza como en su conducta, siempre ha distinguido á la Ley y los profetas, de las tradiciones humanas que les habían agregado los doctores y las escuelas, sobre todo desde Esdras. El está sometido á la Ley, pero él guarda una plena libertad respecto á las tradiciones que él juzga, condena frecuentemente y rechaza como á un yugo arbitrario.

Los Fariseos, que confundían esos dos elementos, no le perdonaban su independencia. Ellos le acusaban de trastornar la Ley, propagando insidiosamente esta calumnia en el pueblo, y esforzándose en desacreditar su obra y entorpecer su acción, oponiendo el nuevo Maestro con Moisés.

Jesús, para precaver á sus discípulos, proclama ante ellos la santidad de la Ley y de los profetas; él no viene á destruirla sino á cumplirla; él no es un revolucionario, sino el Novador divino; la Ley que él formula debe acabar lo que ha comenzado y perfeccionar lo que es imperfecto.

—“No,” dijo él con un acento de autoridad, “yo no he venido á abolir la Ley ni á los profetas, he venido á cumplirla. Porque, es verdad, os digo: el cielo y la tierra no pasarán hasta que toda la Ley sea cumplida, hasta la última letra, hasta la última jota, y por lo mismo, cualesquiera que viole uno de sus menores mandamientos y enseñe así á los hombres, será tratado como nada en el Reino de los cielos, mientras que

aquel que la guarde y así enseñe á los hombres, éste será grande en el Reino de los cielos."

Toda su conducta apoyaba sus palabras. Su vida entera, oculta y pública, no tenía otro objeto que realizar la Ley y los profetas hasta la más pequeña jota. Hasta no haberla cumplido en su plenitud él no formulará la Ley del nuevo Reino.

La antigua es una letra muerta, grabada sobre la piedra; la nueva es el Espíritu vivo, su propio aliento. La una encadena exteriormente, la otra interiormente; la una hace esclavos, la otra corazones libres; la una aterroriza, la otra inspira el amor; la una está sin energía, la otra comunica la fuerza misma de Dios; la una está en figura y en símbolo, la otra trae la substancia y la realidad; la una promete, la otra realiza las promesas; la antigua, en fin, no pide sino una perfección relativa, la nueva exige la perfección absoluta.

—“Por tanto,” añadió Jesús, dirigiéndose á sus discípulos, “si vuestra justicia no excede á aquella de la que se jactan los Escribas y Fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.”

Y él se puso á explicarles, por diversos ejemplos, y á propósito de ciertos mandamientos de la Ley, todo lo que allí había de imperfección y de error, de formalismo y de obstinación, de ceguedad y de egoísmo, en las tradiciones de esos doctores hipócritas que afectan un celo tan ardiente y no hablan más que de justicia.

—“Vosotros habéis escuchado que se ha dicho á los antiguos: No mataréis: el que mate será condenado por la sentencia: y morirá de muerte.”<sup>1</sup> Los Escribas han discutido sobre el homicidio, sobre los diversos casos en que puede ser cometido, sobre las penas diversas que deben castigarle; ellos se han detenido en el crimen, sin pensar en la causa secreta que lo engendra. “Y yo os digo: Cualesquiera que se ponga airado contra su hermano, será condenado en el juicio de Dios; cualquiera que le diga: “Raca,”<sup>2</sup> será condenada por el San-

<sup>1</sup> Exod. XX, 13; Deut. V, 23.

<sup>2</sup> Raca, en hebreo *Rach*, locución popular, muy usada por lo demás entre los escritores

hedrin; y el que le diga “Loco,” será condenado al fuego del infierno.”

En la casuística de los Fariseos, el homicidio indirecto era dejado al juicio de Dios; el homicidio directo estaba relevado al Sanhedrin, quien le castigaba de muerte y, en ciertos casos, añadía la infamia á la pena capital. El ajusticiado era quemado en el valle de Gihon (Gehena),<sup>1</sup> que había quedado en honor entre los Judíos, porque sus padres, en otro tiempo, allí habían sacrificado é inmolado á sus hijos á Moloch.<sup>2</sup>

Al aplicar esas penalidades á la cólera interior, á la expresión de desdén y á la injuria grave, Jesús da á entender que él no reprueba solamente el acto exterior y brutal, sino hasta la palabra misma y el sentimiento oculto que inspira la palabra y lleva al crimen. Todo mal apela á un castigo, y la justicia quiere que el castigo sea á la medida de la falta; el pecado no será solamente castigado ante los hombres, él será vengado por el mismo Dios, porque él mancha el alma de quien solo Dios es el juez.

—Por tanto, “cuando al venir á ofrecer vuestra dádiva al altar, os acordaréis que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestra dádiva, reconciliaos primero con vuestro hermano, y en seguida vendréis á dar cumplimiento á vuestra ofrenda.”

Si, “mientras que caminaréis con vuestro adversario, tratad de reconciliaros, por temor de que él no os entregue al juez, y el juez no os entregue al alguacil y no seáis arrojado á la prisión. En verdad, yo os digo, vosotros no saldréis hasta que no hayáis devuelto hasta el último cuadrante.”<sup>3</sup>

hebreos, y que implica cierto desprecio. Ella tiene el sentido de *Κένος*, y designa un hombre de nada.

*Μαριέ*. Grave injuria, que corresponde mal á la expresión latina *stulte*, y á la española *insensato, loco*. Ella viene frecuentemente en los Proverbios y significa siempre una alma mala, desnuda de sentido espiritual y casi reprobada.

<sup>1</sup> Valle de Hennou, sitio cerca de Jerusalem donde los Judíos quemaban á sus hijos en holocausto á los ídolos.

<sup>2</sup> Cf. Talm. Hierosol. Bava Kama, fol. 5, 2.

<sup>3</sup> Las pequeñas monedas que tenían curso en el primer siglo, entre los Judíos, eran: el

Así como, en las pasiones irascibles, el pecado tiene por principio la cólera y por fruto el homicidio, lo mismo en la concupiscencia, él principia por el deseo culpable y se consume en el adulterio. Los Escribas y los Fariseos no se ocupan sino del mal visible, Jesús le corta por la raíz.

—“Habréis escuchado que se ha dicho á los antiguos: No fornicarás. Y yo, os digo: Cualesquiera que mire á una mujer con concupiscencia, ya pecó en su corazón.”

El deseo malo es provocado por las ocasiones, Jesús ordena huirlas y proscribir las, con estas palabras de una severidad inexorable:

—“¿Vuestro ojo derecho os escandaliza? Arrancadle y arrojadle lejos de vosotros. Vale más para vosotros que uno de vuestros miembros perezca que todo vuestro cuerpo sea arrojado al fuego.

“¿Os escandaliza vuestra mano derecha? Cortadla, arrojadla lejos de vosotros; más vale que perezca uno de vuestros miembros que todo vuestro cuerpo sea arrojado al fuego.”

El Maestro no cede nada á las pasiones inferiores, él quiere la pureza absoluta. El atractivo femepino debe ser domado hasta en el menor descuido secreto. En esto es en lo que Jesús funda la santidad de las costumbres y asegura la libertad del espíritu. El matrimonio es restablecido por él con el sano rigor de la indisolubilidad. Sin reprobar directamente el repudio que toleraba Moisés, él condena el abuso que se había introducido en las costumbres con la connivencia de los Escribas, y que hacía del matrimonio una poligamia encubierta.

—“También se ha dicho,” agregó, “el que rechaze á su mujer, que le dé un libelo de repudio,” como si tal acta debidamente,

denario, de un valor de 0 fr. 88; el meah, ó sexto del denario; el pondion, ó media-meah; el as, ó medio-pondion; la semira, ó medio-as; el quadrante, ó media-semira; el prutah, en griego lepté, ó medio quadrante. Eran preciso ochenta y seis cuadrantes para un denario.

Talmud Hierosol., Kiduschin, fol. 38, 4; Maimón, Schekolin, cap. I.  
 1 La escuela del sabio Hillel era de una laxitud deplorable: ella enseñaba esto: La mujer que sale mucho los alimentos de su marido ó que los deja quemar, debe ser repudiada. Los discípulos de Schammai, más rígidos, limitaban el repudio al caso de adulterio de la mujer. Cf. Talm. Hierosol. Gittin.

te libelada legitimase toda remisión. “Y yo os digo: El que rechaze á su mujer, excepto el caso de adulterio,”—en despecho del libelo de repudio,—“la hace adúltera; y el que se case con la mujer repudiada comete un adulterio.”

Como se ve, Jesús no autorizó el divorcio, sino sólo la separación. El contrato conyugal será regido en lo de adelante por la justicia; y la muger, protegida por la justicia, escapará á la tiranía, á la violencia, al capricho del hombre.

Una de las aberraciones religiosas de los Judíos, era su doctrina respecto al juramento. La ley decía: “No jurarás.” Los doctores se mantenían con rigor, cuidándose poco del juramento temerario ó vano, y no mirando sino á la verdad de la cosa jurada. Ellos ponían una falsa piedad en multiplicar á cada instante los juramentos. Ellos juraban por Dios y por las criaturas; pero el juramento por las criaturas no les parecía válido. Su casuística tenía extravagancias exigidas por el interés: jurar por el Templo y por el altar no obligaban, según ellos; pero jurar por el oro del Templo y por la ofrenda del altar ligaba la conciencia.

Esos doctores hallaban sin duda que el oro arrojado en los “cepos” y las viandas ofrecidas en sacrificio, eran propiedad de los sacerdotes, adquiriendo por este hecho un carácter más sagrado y más inviolable.

Jesús aleja con una sola palabra todas esas extravagancias y endereza á la conciencia hacia la perfección ideal. No solamente debe evitarse el perjurio, sino hasta el juramento inútil.

—“No jureis; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus piés; ni por Jerusalem, esta es la ciudad del gran Rey. Tampoco jurareis por vuestra cabeza, porque no podreis hacer un solo cabello blan-

1 Levit. XIX, 12 y sig.

2 Es justo observar que algunos rabbis se han levantado contra esta costumbre, pero con otro espíritu que el de Jesús. Ellos ven ahí solamente un peligro, una ocasión de perjurio. “No seas excesivo,” decían, “ni en el juramento ni en la risa.” (Tract. Demai, cap. 2).

co ó negro. Decid solamente: Esto es, esto no es.<sup>1</sup> Todo lo que está de más viene del Malo.”

El juramento implica una falta de confianza entre los hombres; se supone que se desconfía de aquel que le formula, ó que aquel que le formula desconfía de los demás. Si se cree en la palabra, ¿por qué tomar á Dios como testigo en el comercio ordinario de la vida? Los que se aman tienen fe; los discípulos de Jesús se aman; ellos no tienen por qué jurar. El juramento para ellos no será más que la afirmación solemne de lo verdadero, un testimonio rendido á la veracidad de Dios que no puede engañar, y á la fragilidad ó nada del hombre, cuya palabra está siempre, aun entre los más santos, sujeta al error.

Una ley dura, terrible, pesaba sobre todo el mundo antiguo, sobre los Egipcios, los Asyrios, los Griegos y los Romanos como sobre los Judíos,—la ley del tali6n. Todos los códigos la mencionan. Solo Cakya—Mouni, antes de Jesús, ha hablado de mansedumbre.

En el espíritu del legislador, esta ley de hierro tenía por objeto limitar, moderar la justa venganza; este era el freno de la bestia humana; pero si ella aterrorizaba al malvado, ella halagaba y fomentaba en las relaciones individuales, el instinto de represalias, tan natural y tan vehemente en el ofendido. Las tradiciones de los doctores, para dulcificar esta legislación desapiadada, habían reemplazado los suplicios por la multa pecuniaria, dejando subsistir el principio que la habla engendrado. Jesús tempera la justicia por la misericordia, y en el comercio individual de los hombres, él suprime toda vindicta, aún legítima.

—“Se ha dicho á los antiguos: Ojo por ojo, diente por

<sup>1</sup> Se halla en Maimónides (*Peá*, cap. 5.) un tímido bosquejo de la enseñanza sublime de Jesús. “Toda transacción,” dice el rabino, “entre los discípulos de los sabios, debe estar regida por la verdad y la confianza. Su fórmula es: Sí, sí; no, no.

diente. Y yo os digo: No resistais al malvado. Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda.

“Al que acuda á la justicia para quitaros vuestra túnica, dejadle aun vuestra capa; y si alguno os quiere obligar á dar con él mil pasos, dad otros dos mil. Dad al que os pide y no os apartéis del que quiere tomar prestado de vosotros.”

De esta manera es como Jesús cambia al tigre en cordero; él no condena la legítima defensa ni el derecho correccional, sino él se eleva más arriba y muestra á sus discípulos el ideal de la mansedumbre.

Sobre la ley natural de los hombres terrestres, él estableció la ley de los hijos de Dios. El quiere que se ceda al malvado y no que se le resista; la resistencia no puede más que dominarle; la mansedumbre puede convertirle, porque ella hace á los mártires, y los mártires á menudo han conmovido al corazón de los verdugos. ¿No es esta la verdadera victoria y la fuerza suprema? Con esta señal divina se reconocerá á los discípulos de aquel que ha entregado su cuerpo á los que le herían, sus mejillas á los que las arrancaban, que no han desviado sus frentes de los bofetones y de las escupitinas, que se ha ofrecido sin resistencia y sin abrir la boca, como la oveja muda bajo la mano del trasquilador.<sup>1</sup> Doctrina sobrehumana que ha engendrado y engendra todos los días á los mártires cristianos,—esos héroes de la dulzura absoluta;—por doquiera que ella penetra, ella cambia las espadas en cruz; el hombre cesa de vengarse y de matar, él aprende á perdonar y á morir.

El que no ama, el que no ha sido transformado por el Espíritu de Dios, admirará quizá la sublimidad de semejante enseñanza, él no la comprenderá porque él no tiene su razón de ser sino en la caridad total. Jesús va á formular esta ley que contiene todo. Ni los paganos ni los Judíos han penetrado la profundidad, puesto que no solamente ni los unos ni los otros

<sup>1</sup> Isaiás, XLIX, LIII.

han sabido amar al prójimo, sino que ni han entendido lo que era el prójimo.

Para los paganos, el extranjero, el bárbaro era el enemigo; para los Judíos el pagano era aborrecible; más estrictos todavía que los gentiles,—los Escribas, los doctores rígidos no llamaban prójimo sino al Israelita, y al Israelita piadoso; el hereje, el pecador, el Samaritano, les eran abominables; ellos les despreciaban, les aborrecían. Su piedad no estaba sin odio; odiar era un deber.

Jesús va á disipar esos errores fatales.

—“Vosotros habeis oido que se ha dicho: Amareis á vuestro prójimo y odiareis á vuestro enemigo.

“Y yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, orad por los que os persiguen y os calumnian, á fin de que seais los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol para los buenos y para los malos, y caer la lluvia para los justos y para los injustos.

“Si vosotros amais á los que os aman, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también aman á los que les aman. Y si vosotros haceis bien á los que lo hacen, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también lo hacen. Y si prestais á aquellos de quienes esperais recibir, ¿qué se os debe por esto? Los pecadores también prestan, á fin de que también á ellos se les preste. Y si no saludais sino á vuestros hermanos, ¿qué haceis de más que todos? ¿Los paganos no lo hacen?

“Para vosotros, amad á vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada.

“Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos.”

La caridad ha hallado en los labios de Jesús sus fórmulas ideales. Los mejores entre los sabios decían al hombre: Escucha tu conciencia; Moisés: Sé fiel á las enseñanzas de Jehovah, tu Dios, porque él es terrible; los doctores judíos: Respetá las tradiciones de los Padres y ahí “odia” elevado por

ellos al rango de los mandamientos santos; Jesús dijo á sus discípulos: La conciencia se extravía, la ley es un yugo para los esclavos, las tradiciones de los antiguos están llenas de errores. “Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.” Su ejemplo: he aquí vuestra ley; su Espíritu: he aquí vuestra fuerza. Vuestro Padre es bueno: sed buenos; él ama á los malos,—sus enemigos,—haced como él, amad á vuestros enemigos.

Todos esos maestros que no hablan más que de justicia y se tienen soberbiamente como los guías del pueblo no son para Jesús sino ciegos; á ellos es á los que hace alusión en esta breve pero significativa parábola, en la que los declara incapaces de dirigir á los demás.

—“¿Un ciego puede conducir á un ciego? ¿No caerán ambos en la fosa? El discípulo no está sobre el maestro. Toda su ambición es el igualársele.”

Uno de los elementos esenciales de la verdadera justicia, es la intención, porque ella es el alma de todos nuestros actos; mala, ella les corrompe; pura, ella les eleva. Los mejores actos, sin ella, no son más que vicios, ellos no miran del bien sino la apariencia. El hombre que los verifica no tiene sino las exterioridades de la virtud, pero no es ante Dios sino un hipócrita. Jesús exige de sus discípulos una intención tan pura, tan sublime, como los actos que él ordena.

El mayor defecto, el vicio más arraigado, es un orgullo secreto.

El hombre se ama más que á Dios, él busca por todas partes su propia gloria, y, en su incurable vanidad, él la pretende hasta en las obras de religión y de piedad; él quiere que se le vea, que se le aplauda, que se le alabe. Aun aquellos que hacen profesión de santidad no se escapan de ese veneno sutil



del amor propio; entre ellos es donde se halla el orgullo refinado. Los Fariseos más austeros son un ejemplo. Ser vistos de la multitud, ser llamados maestros y justos, he aquí el vicio que Jesús no ha cesado de desenmascarar y de abatir, y contra el cual precavió á sus discípulos.

—“Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres á fin de ser vistos de ellos; de otra manera, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo.”

El quería que al hacer el bien, se olvidara todo, á los hombres y á sí mismo, para no ver sino al Padre. “Ocultáos, dirá uno de sus discípulos, permaneced ignorados de todos, á fin de ser mejor conocidos de Dios.”

—“Cuando déis limosna, no soneis la trompeta delante de vosotros, como los hipócritas en las calles y las sinagogas, á fin de ser honrados de los hombres. Yo os lo digo, en verdad, ellos han recibido su recompensa.” Ellos buscan su gloria, ellos la han hallado; que ellos queden en su vanidad.

—“Respecto de vosotros, cuando déis limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha. Que vuestra limosna sea en el secreto,” únicamente por vuestro Padre, “y vuestro Padre que ve en el secreto, os la devolverá en la claridad.”

Los Fariseos rígidos hacían ostentación hasta en sus oraciones. Se les veía en pie, en las sinagogas, murmurando en voz alta sus filacterías, y algunas veces detenerse en medio del camino, en las esquinas de las calles, en las plazas, á la hora prescrita, para decir sus largas fórmulas. Les agradaba ponerse en espectáculo.

Jesús prohíbe esa vana ostentación de piedad.

—“Cuando oréis, no hagáis como los hipócritas que les agrada orar de pie, en las sinagogas y en las plazuelas, á fin de ser

vistos de los hombres. En verdad, yo os digo, ellos ya recibieron su recompensa.

“Respecto de vosotros, cuando oreis, entrad en vuestro aposento: cerrad la puerta, y en secreto, orad al Padre. Vuestro Padre que ve en el secreto os le dará.

“No multipliquéis las palabras, al orar, como hacen los paganos, porque ellos se imaginan ser escuchados á fuerza de palabras.

—“No os asemejéis á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que tenéis necesidad, antes que le pidáis.

—“Orad, así:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.”

“Vénganos tu Reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.”

“El pan nuestro de cada día dánosle hoy.”

“Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.”

“Y no nos dejes caer en tentación; más líbranos del Malo. Amén.”

He aquí la oración en su forma ideal, necesaria, absoluta. Así hablan los hijos de Dios á su Padre; esta es la voz de la caridad plena que ama á Dios, que quiere su reino y su gloria, la apelación á la confianza de Aquel que alimenta á toda criatura; el grito de la mansedumbre que perdona y que espera en retorno la misericordia del Padre; la aspiración ardiente de aquellos á quienes el mal amenaza y tiraniza, y que tienen fe en la libertad.

Que todo esto sea, y todo será perfecto. Nada de mal, nada de odio, nada de hambrientos que mueran, nada de desorden en la tierra. El bien, el amor, el reinado, la vida, la paz, la armonía, el cielo, en fin, Dios en el hombre y el hombre en Dios.

1 El adjetivo *ἐπιούσιος*, derivado de *ἐπι-ούσις*, para la substancia, para la vida, indica netamente el pan necesario para vivir, y no el pan de mañana, como lo pretenden erróneamente, según vosotros, ciertos exégetas.

Cf. Lightfoot. *Horæ hebraicæ*, ad h. loc.

Tal es la enseñanza de Jesús. Su alma ha pasado en esas palabras que nos traducen en lengua humana el gemido del Espíritu<sup>1</sup> en todas las conciencias en las que ha soplado:

La vanidad se insinuaba también en los ayunos frecuentes que estaban en gran voga entre los Fariseos. No solamente ellos les habían multiplicado, sino que también les habían agravado; ellos se prohibían toda ablución y toda unción; ellos se cubrían la cabeza y la frente de ceniza; ellos hacían alarde de la austeridad, buscando siempre la admiración del pueblo.

—“No les imitéis, decía Jesús á sus discípulos. No os pongáis tristes como esos hipócritas; porque ellos estenúan su rostro á fin de que su ayuno aparezca á los hombres. En verdad, yo os lo digo, ellos ya recibieron su recompensa.

“Vosotros, cuando ayunéis, perfumad vuestra cabeza, lavad vuestro rostro, á fin de que no aparezca á los hombres que ayunáis, sino á vuestro padre presente en el secreto; y vuestro Padre que ve en el secreto os recompensará.”

Jesús insiste en la intención del todo celestial que debe presidir á nuestros actos y consagrar nuestros deberes. Su discípulo no debe detenerse en la tierra, ni en el hombre, ni en nada de lo criado. Nada de egoísmo ni de amor propio, nada de alegría ni de gloria vana; el Padre únicamente y siempre: á él solo es al que se debe mirar, y para él solo para quien se debe obrar; él está oculto en el secreto de la conciencia y de nuestro ser; pero él ve, él escucha,<sup>2</sup> él recompensa, él bendice. A los que él ve están en la luz, á los que él escucha están en la fuerza, á los que él recompensa y bendice tienen ya anticipado el gusto de su reino y de su gloria.

Hacia ese mundo divino, hacia el cielo en el que mora el Padre, es á donde Jesús quiere elevar y orientar el corazón de

<sup>1</sup> Quid oremus, sicut oportet, nescimus; sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus. (Rom., VIII, 26).

<sup>2</sup> Taanith., c. 2.

sus discípulos; porque así como la intención es el alma de todos nuestros actos, así el amor inspira y ordena todas nuestras intenciones. El hombre es terrestre, codicioso, interesado, insaciable de riqueza, hambriento de lo que pasa; gozar, poseer, atesorar: he aquí esta avaricia que le pierde y le sujeta á la criatura; Jesús le quiere pobre en espíritu de todos esos bienes, libre de toda esa nada, todo á su Padre, fuente inagotable y secreta del ser y de la vida, de la fuerza y de la alegría.

—“No amontonéis tesoros en la tierra, en donde el orín y el gusano les corroen, en donde los ladrones excavan y les roban. Acumulad tesoros del cielo, en donde ni el orín ni el gusano corroen, y en donde los ladrones no excavan ni roban. “Porque en donde está vuestro tesoro, ahí está vuestro corazón.”

El comparó el amor y la intención dirigida por el amor al ojo que nos alumbra.<sup>1</sup> El ojo es la luz del cuerpo; la intención el ojo del alma.

—“El ojo,” dijo, “es la lámpara del cuerpo. Si el ojo es claro, todo vuestro cuerpo estará en la luz; si él es malo, todo vuestro cuerpo estará en las tinieblas. Igualmente, si la luz que está en vuestra alma es tinieblas, ¡cuán grandes no serán las tinieblas mismas!”

No hay dos amores soberanos. “Nadie puede servir á dos señores. O amará á uno y odiará al otro; ó será dócil al uno y despreciará al otro. Vosotros no podéis servir á la vez á Dios y á Mammón.”

Habría error al ver en las palabras de Jesús la reprobación de la actividad terrestre, fuente de la riqueza pública y privada; él no condena más que al amor desordenado de los falsos bienes de este mundo, que enerva el trabajo y la libertad en

<sup>1</sup> Locución muy usada entre los Judíos. El ojo bueno era el alma generosa; el ojo malo el alma codiciosa. “Que aquel que da,” dicen los Talmuds, “dé con buen ojo; que el que hace una ofrenda, la haga con buen ojo.” Talmud Hierosol., Basa Batha, fol. 14. 4.

<sup>2</sup> Expresión de origen syro-caldea que significa riqueza, tal vez riqueza acumulada, oculta, en hebreo Matmon. Cf. Reuss, Hist. evangelic., ad h. i.

el placer egoísta. Llamando al hombre al amor del Padre, él le fortalece, por el contrario, en el foco de toda energía; él liberta y exalta todas sus fuerzas.

Nada de vanos cuidados en lo de adelante; al llegar á ser hijo de Dios, el hombre se entrega á la confianza filial. ¿Por qué se inquietará? ¿No tiene un Padre que vela, y que vela en el secreto? Esta confianza desbordaba del alma de Jesús.

—“Yo os lo digo, no os inquietéis por vuestra vida, por lo que coméis, ni por vuestro cuerpo, ni cómo os vestiréis? ¿La vida no es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad á los pájaros del cielo: ellos no siembran, ni cosechan, ni llenan los graneros, y vuestro Padre celestial les alimenta. ¿No sois vosotros más que ellos?”

—“¿Quién de vosotros puede añadir un solo codo á su estatura?

—“¿Y por qué os inquietáis por el vestido? Ved á los lirios del campo, cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan. Pues bien, yo os lo digo, el mismo Salomón con toda su gloria, no estuvo vestido como uno de ellos.

—“Si pues la flor de los campos, que hoy existe y que mañana será arrojada al horno, de esta manera está vestida por Dios; ¿cuánto más vosotros, hombres de poca fe?

—“Estad, pues, sin inquietud, y no digáis: ¿Qué comemos? ¿Qué beberemos? ¿De qué nos vestiremos? “He aquí todo lo que buscan los paganos,” aquellos que no creen, aquellos que no aman al Padre celestial; pero vosotros tenéis á vuestro Padre, y “él sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

—Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura.

“No tengáis cuidado por el día de mañana, mañana tendrá cuidado de sí mismo. Bástale á cada día su afán.”

Este amor del Padre celestial que Jesús inspiraba á sus dis-

<sup>1</sup> Se lee en el Talmud, (Babyl. Erachin, fol. 25), una sentencia de un sabio rabino, Eliezer, que tiene un sabor evangélico: “El que tiene en su castillo, aun cuando no sea sino un loco de pan, y que dice: “¿Qué comeré mañana?” Este es un hombre de poca fe.”

cipulos, es la fuente inagotable de la mansedumbre y de la unción. El hombre que se siente amado de Dios, se dulcifica, él ama como es amado, llega á ser humilde y bueno, es benigno, no juzga; él ve su propia miseria moral más bien que la de su hermano.

—“No juzguéis,” decía Jesús, “para no ser juzgados.”

“Como hubiéreis juzgado, así seréis juzgados; y se os medirá según la medida que hubiéreis usado para con los demás.

—“¿Por qué véis la paja en el ojo de vuestro hermano, y no véis la viga en vuestro ojo?

“¿Cómo diréis á vuestro hermano: Déjame quitar la paja que está en tu ojo, mientras que en el vuestro está la viga?

“Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y después quitarás la paja que está en el ojo de tu hermano.”

La bondad, sin embargo, no debe ser ciega; ella tiene el tacto y el discernimiento de los espíritus, el respeto de Dios que la sostiene y que la alumbrá; ella conoce la prudencia y la reserva; ella promete los dones divinos. Esta es su dulce defensa contra el hombre animal, desnudo de veneración y sin freno, agresivo é inmundo como los perros y los puercos. Por estas fuertes imágenes es como Jesús pintó al alma arrastrada por la violencia de sus instintos, despreciando la verdad, insultando al amor, resistiendo á su Espíritu.

—“Guardaos,” dijo á sus discípulos, “de arrojar á los perros lo que es santo, no tiréis vuestras perlas á los puercos, temerosos de que ellos no las huelen con sus patas, que ellos no se vuelvan contra vosotros y os despedacen.”

Sin embargo, Jesús no quiere una confianza santurróna y pasiva. El amor del Padre no suprime, estimula más bien á la espontaneidad y á la iniciativa, y ensancha el dominio; él inspira en el alma los grandes deseos que provocan las oraciones ardientes. El hombre cuenta consigo mismo para realizar sus pequeñas combinaciones; los hijos de Dios que trabajan en la obra del Padre esperan en él, porque ellos saben

que toda fuerza es vana sin la suya y que nada acontece sin su voluntad.

Para tener esta fuerza y para entrar en los designios de Dios, es por lo que Jesús dijo todavía á sus discípulos:

—“Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.

“Quien pide, recibe; quien busca, halla; y se abre al que llama.

“Si un niño pide pan á su padre, ¿quién de vosotros le dará una piedra? O si él pide un pescado, ¿quién le dará una serpiente?

“Si pues, vosotros que soís malos, sabéis dar á vuestros hijos cosas buenas, con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los cielos, os dará lo que es bueno, cuando se lo pidieréis?”

El Padre no rehusa nada á la oración inspirada por el Espíritu y sostenida por la confianza. La petición filial pone en movimiento al amor y á la voluntad misma de Dios.

Una fórmula sencilla y divina reúne todos nuestros deberes hacia los hombres en la doctrina de Jesús. La sociedad humana toda entera está ahí encerrada.

—“Todo lo que quisierais que ellos os hicieran,” dijo él, “hacédselos pues; esta es toda la Ley y los profetas.

“No condenéis y no seréis condenados; perdonad y se os perdonará. Dad y se os dará; y se verterá en vuestro seno una buena medida, apretada, removida y desbordante.”<sup>1</sup>

Después de haber explicado todos esos grandes deberes, Jesús exhortó á sus discípulos á la fidelidad, les puso en guardia contra los falsos maestros, les precavió contra la inanidad del sentimiento que no se traduce en virtud y en sacrificio, y les reveló la firmeza invencible del que se apoyara en su palabra como sobre una roca.

<sup>1</sup> Luc. XI, 13.

—“Entrad,” dijo, “por la puerta estrecha, porque la puerta ancha y la vía espaciosa conduce á la perdición, y ellos son numerosos, los que allí se empeñan. ¡Pero cuán estrecha es la puerta, cuán cerrado el camino que conduce á la vida y cuán pocos los que la hallan!

“Guardaos de los falsos profetas. Ellos vienen á vosotros con pieles de ovejas, y por dentro, son lobos rapaces. Vosotros les conoceréis por sus frutos: ¿se cogen uvas entre las espinas, ó higos entre las zarzas?

“El buen árbol tiene buenos frutos, el mal árbol, malos frutos. Un buen árbol no puede dar malos frutos; ni un árbol malo buenos frutos.

“Todo árbol que no da buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.”

Por tanto, “por sus frutos,” es decir, por sus obras, es como conoceréis á los falsos profetas.” La virtud es la señal del árbol que Dios ha plantado, y del profeta que el envía.

“Todos los que dicen: Señor, Señor, no entrarán en el Reino de los cielos; sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo, este entrará en el Reino del cielo.

“Muchos me dirán en ese día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado nosotros en vuestro nombre, exorcisado á los demonios en vuestro nombre, y hecho en vuestro nombre muchos prodigios? Y yo les diré: Yo no os conocía; retiráos de mí, vosotros que conocéis la iniquidad.”

Jesús es el único señor, el único juez; él lo declara solemnemente; no se debe escuchar más que á él, y toda criatura será juzgada por él. El es el árbol de la vida; los falsos profetas son el árbol fatal cuyos frutos matan. Su doctrina es eterna, inmutable; es la roca sobre la que se debe edificar.

—“Todo el que escuche mis palabras y las practique, es el hombre sabio, él edifica su casa sobre la roca.

“La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan desencadenados sobre su casa: ella resiste inquebrantable porque ella está fundada sobre la piedra. Mas cualesquiera que

escuche mis palabras y no las practique, este es el hombre insensato, él edifica sobre la arena. La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan y conmueven esta casa, y ella se derrumba, y la ruina es grande."

La sabiduría pagana y la moral judía son sobrepujadas. Lo que la una había entrevisto, Jesús lo manifiesta; lo que la otra había bosquejado él lo acaba. No hubo un sabio antes de él, que no hubiera hecho á la debilidad ó al mal, alguna concesión hábil; Jesús no tiene ninguna necesidad de ningún compromiso, él da la palabra suprema de la justicia y de la santidad, y él solo tiene el derecho de exigir la perfección, de ordenar el heroísmo, porque solo él comunica á la conciencia frágil la energía de Dios. El arranca á la humanidad de las pasiones que le tiranizan, á la cólera y á la voluptuosidad, á la venganza y al odio, él le enseña la dulzura y la austeridad, la bondad y el amor; él la desarraiga de la tierra en donde ella se agota y muere; él la lleva purificada al Padre que está en el cielo y que sólo puede darle la felicidad y la vida sin límites.

El dolor no es un obstáculo, es un medio. Los que renuncian á todo poseen á Dios; los que sufren son los dichosos; los mansos y los humildes son los mas fuertes; los perseguidos son los triunfantes; los hambrientos de justicia, los satisfechos; y los corazones puros de todo egoísmo y de toda voluptuosidad ven á Dios. El sacrificio es la palanca que debe levantar al mundo. La sabiduría humana está derribada.

He aquí la obra legislativa de Jesús, en su absoluta belleza.

La crítica desarmada se inclina ante ese monumento de una armonía y de una intrepidez divinas que domina á todo y que eleva á Jesús por encima de todos los maestros; el monumento ha engrandecido con los siglos; como la turba de los Galileos le admiraba, el hombre le mira aun y le admira; él le orienta y le asegura, marcándole la vía y mostrándole el fin; él es la pirámide levantada en medio de las arenas movedizas del desierto por el que pasa la humanidad.



## CAPITULO V.

### EL VIAJE Á NAIM.

El sermón de la montaña es, en la vida pública de Jesús y en el cumplimiento de su papel mesiánico, un acto de autoridad absoluta. Como Legislador y como Maestro que no depende de nadie, él ha dictado á toda conciencia su ley, formulado sus preceptos, inculcado su Espíritu. El no ordena en el nombre de Dios como un simple profeta, él habla en su propio nombre; él no repudia á Moisés, él le completa y le domina; pero el rechaza la enseñanza tradicional de los doctores y levanta contra él el acta de la más enérgica acusación; él se dice el único Maestro, y sólo á él es á quien se debe escuchar.

Esta actitud va á levantar la animosidad del mundo oficial para quien el nuevo Profeta no será más que un perturbador. A medida que su obra se desarrolle, hostilidad, asechanzas y amenazas irán en aumento: está en los designios de Dios que ella crezca en medio de la lucha y por la lucha.

Sin embargo, el Padre celestial da á Jesús algunos días tranquilos; él lleva sobre sus pasos almas dulces y confiadas que le consuelan de la oposición de sus enemigos, porque